

Antonio Espina und die spanische Avantgarde. Zwischen «entmenschlichter» Kunt und gesellschaftspolitischem Engagement, Johannes Weber, Berlin, *Tranvía*, 1999, 280 pp. (*Antonio Espina y la vanguardia española. Entre arte «deshumanizado» y compromiso sociopolítico*).

El ensayo de Johannes Weber sobre Antonio Espina (1894-1972) tiene su origen en una tesis doctoral defendida en la Universidad de Jena en 1998. Se trata de la primera monografía que estudia la obra completa del polifacético y valioso escritor madrileño. Autor de excelentes biografías (*Luis Candelas, el bandido de Madrid, Romea o el comediante*), novelista «deshumanizado», poeta destacado (*Signario*, 1923), ensayista y crítico literario en revistas y periódicos prestigiosos (*El Sol, Crisol, Luz, España, Revista de Occidente, La Pluma*, entre otros), la guerra civil truncó prematuramente su carrera literaria. Gobernador de Baleares al producirse la sublevación, Espina fue encarcelado y condenado a muerte. Tras un intento de suicidio, estuvo ingresado durante cuatro años en una clínica psiquiátrica. Indultado en 1946, se exilió en París, donde consiguió reunirse con su familia dos años después para establecerse en México. Regresó a España en 1955.

El trabajo que presentamos se detiene especialmente en las obras nacidas al socaire de las varias

corrientes de la vanguardia española, desde el poemario modernista *Umbrales* (1918) a las novelas de la vanguardia deshumanizadas; de las novelas biográficas politizadas de la década de los veinte a los textos comprometidos en la línea de los novelistas sociales de la última etapa de la dictadura de Primo de Rivera y primeros años de la II República.

Nos hallamos, por tanto, de una aportación valiosa y cuidadosamente documentada sobre uno de los escritores más representativos del 27, hasta ahora poco estudiado. Una obra con una única carencia: al estar escrita en alemán, su recepción y su alcance están condenados a ser escasos. Sería de desear que el joven hispanista encontrase apoyos para traducir al español los capítulos más reveladores y pudiese publicarlos.

J. M. López de Abiada

La vida sexual en la antigua China, R. H. van Gulik, traducción de Rosario Blanco Facal, Siruela, Madrid, 2000, 602 pp.

El período analizado por el autor abarca unos tres mil años y acaba en el siglo XVII, cuando la dinastía Ching impone el dominio manchú sobre el país. Lo estático de la cultura china hace coherente y estable

el panorama analizado, a pesar de los cambios políticos y las diversas influencias religiosas. Para un lector occidental, salta a la vista la diferencia de concepciones respecto al sexo y sus zonas inmediatas: distinción genérica, familia, erotismo, amor, prostitución, literatura amorosa. Visto desde el dominante taoísmo, el sexo chino antiguo es una actividad gozosa de modelo cósmico, donde se unen el yin y el yang a partir de una potencia de origen femenino que el varón adquiere introduciendo su miembro y evitando la eyaculación, como forma de adquirir la inmortalidad. Eventualmente, en el budismo zen, la iluminación.

El inmortal es siempre un varón, pero la inmortalidad es femenina, y consiste en mudarse a un mundo similar al terrestre, mas donde todo es perdurable e incorruptible: el cielo que sirve de paradigma al Estado terrenal. Los confucianos, a su vez, serán rígidos y represivos, dividirán tajantemente los ámbitos del varón y la mujer, y dictarán un severo código de comportamiento familiar.

No hay patetismo ligado al sexo, como en Occidente, desde la tragedia griega al drama judeocristiano. Tampoco hay pasión ni prolifera la literatura amorosa, salvo en poemas episódicos y narraciones pornográficas. Los manuales sobre el sexo son más bien tratados científicos, higiénicos y de técnica sexual, a

menudo resueltos con ese delicioso jardín de eufemismos que es la retórica china: el melocotón de la inmortalidad es la vulva, el tallo de jade es el pene, la lluvia primaveral sobre el monte es la eyaculación.

Gulik ha conseguido un texto que es a la vez estricto y ameno, basado en una proliferación de fuentes admirablemente recogidas y en una sabiduría filológica indispensable y eficazísima.

Paseos con Robert Walser, *Carl Seelig*, traducción de Carlos Fortea, Siruela, Madrid, 2000, 167 pp.

Entre 1936 y 1956 (año de la muerte de Walser), Seelig visitó regularmente al escritor en su retiro digamos «clínico»: un sanatorio suizo de enfermedades nerviosas. Walser había dejado de escribir y estaba, a veces, más o menos loco. En sus largos paseos, charlas y abundantes condumios con Seelig, en cambio, muestra una ingeniosa lucidez. Mira el mundo, en especial, el literario, de un modo esquinado e independiente, quizá como habría que verlo al margen de las instituciones y camarillas. Así, su devoción obsesiva por Gottfried Keller, el maestro suizo de la prosa alemana, choca con sus juicios sobre Thomas Mann (un funcionario de las letras) y Rilke (un poeta para la mesilla de noche de las solteras).

Aislado en un país aislado, a su vez, de la sangrienta historia europea, yendo y viniendo del otro país aislado que es la locura, Walser es un pintoresco testigo de ese tiempo que va desde la caída de los imperios a la caída de los fascismos, dos fenómenos ligados, para él, con el mayor error político posible, que es confiar el gobierno a los genios. Según el modelo nietzscheano, el genio acaba pactando con el Demonio, o sea con el espíritu de la aniquilación. El mejor gobernante (ejemplo máximo: Winston Churchill) es el que se parece al sensato y gris término medio de su sociedad.

Por momentos, Walser evoca el paisaje literario de su juventud, el mundo de Kafka, Brod, Hofmannsthal y el fondo variopinto y trágico de la Kakania musiliana. No lo hace con complacencia ni con rencor, sino como otro viaje al más allá: el de la muerte, los años de mocedad y creación, la paz imperial, la amable bohemia con pesadillas diurnas y nocturnas que solemos llamar *belle époque*: los buenos tiempos que, como siempre, siempre son pasados.

Páginas autobiográficas, Iván Sergueiéovich Turguéniev, traducción, introducción y notas de Víctor Gallego Ballester, Alba, Barcelona, 2000, 316 pp.

Reúne esta miscelánea algunos recuerdos de la vida literaria rusa,

impresiones de un viaje por Italia, notas sobre las barricadas de París en 1848, el relato de las últimas horas del guillotinado Troppmann, la historia de un perro de caza, un naufragio y una conferencia sobre Hamlet y Don Quijote. Aparentemente, la variedad de los asuntos conduce a la incongruencia, pero no es así. Turguéniev (1818-1883) es uno de los grandes narradores del siglo XIX (que no anduvo escaso de ellos) y una pareja y sutil visión de la vida torna coherentes los fragmentos acumulados.

Turguéniev escribe como si no hiciera literatura, escoge los indispensables y mínimos detalles de esa maraña de percepciones mezcladas de recuerdos y fantasías que llamamos actualidad, corta el flujo en el preciso momento en que parece agotarse su propia parábola, en fin: conforma lo informe y da luz al evento.

Sus observaciones psicológicas son de una taciturna penetración que asombra. Baste observar la doble indiferencia del criminal Troppmann por su propia muerte para entender la paralela inadvertencia ante la vida ajena, o ese tenso relato de un incendio en alta mar durante el cual se salvan unas vidas gracias a la cruel disciplina impuesta por un capitán de corazón caritativo.

Turguéniev fue un ruso cosmopolita, un propietario con algo de anárquico, un desterrado que vivía

recorriendo la memoria de la tierra natal, un francés de adopción que sospechaba de los franceses como un francés aborigen, un hegeliano capaz de definir la vida como una eterna batalla-reconciliación entre dos principios que se escinden y se unen constantemente. Y un poeta que apuesta fuerte por la invención caediza, como para animarse a decir: «Toda estatua está desnuda».

El pasado es un país extraño, David Lowenthal, traducción de Pedro Piedras Monroy, Akal, Madrid, 1998, 683 pp.

En 1688 Johannes Hofer diagnosticó por primera vez la enfermedad llamada nostalgia (del griego *nosos*, regreso a la tierra natal, y *algos*, sufrir o penar). En 1733 un general ruso descubrió un remedio eficaz contra ella: el terror. A los soldados nostálgicos los mandaba enterrar vivos. Entre ambos extremos, vivir sufriendo por la pérdida del pasado y curarse de él por medio de la destrucción radical de la muerte, se tiende el tejido de problemas que crea nuestra relación con los tiempos pretéritos.

A veces, son objeto de idealización: todo lo bueno ha ocurrido en ellos y lo siguiente es degradación y corruptela. A veces, por el contrario, son vistos como la niñez y la pubertad de una edad madura a la

que hemos llegado y que nuestros antecesores ignoraron. La tesis del profesor Lowenthal (Harvard, Berkeley, Wisconsin) es que el pasado no termina nunca de pasar y es objeto de constante reelaboración. Seríamos incapaces de habitarlo (de ahí lo extraño del título) como somos incapaces de prescindir de él. Más bien lo andamos inventando a cada rato. Por ello, tenemos una relación interactiva con él, casi la misma que él con nosotros.

Los temas abordados son clásicos y consabidos. El autor los examina en buena orden y con lenguaje fluido. Lo abundante de las anécdotas ameniza el viaje. No obstante, apabulla con su información (2149 notas al pie, 70 páginas de bibliografía) y cabe recomendarle un epítome. Reducido a sus justas proporciones, el libro sería un utilísimo estado de la cuestión. O, dicho con otras palabras: del estado del estado, valga la repetición, que es nuestro estar en el tiempo, que viene de antes y vuelve del hoy porque desea llegar al mañana. En tanto, el tiempo pasa, se convierte con tenacidad en tiempo pasado.

Les Temps Modernes, n° 602, París, 1999, 300 páginas, Monográfico sobre Georges Bataille.

La revista de Sartre hace estado de la cuestión y rinde homenaje,